

# PANORAMAS DE INTERMEDIACION DE INTERESES POLITICOS: MOVIMIENTOS SOCIALES, GRUPOS DE INTERES Y PARTIDOS A COMIENZOS DEL SIGLO XXI

Herbert Kitschelt

Departamento de Ciencias Políticas  
Universidad de Duke, EE.UU.

***E**n la primera sección de este artículo esbozamos una lógica general de cómo los actores eligen campos de acción colectiva, invierten en movilización colectiva, y enmarcan sus objetivos. Este análisis muestra la posibilidad de que unos modos muy diferenciados de movilizar e intermediar intereses puedan coexistir en un mismo electorado. En la segunda sección sostenemos que se observa empíricamente una transición en las democracias pos-industriales avanzadas de sistemas de movilizar e intermediar intereses de tipo "fusionado" a otros de tipo "diferenciado". Estas tendencias no se pueden identificar con un "declive" o una "decadencia" de las democracias contemporáneas, como proponen otros argumentos teóricos competidores. En la sección final discutimos causas posibles de la acelerada descentralización y diferenciación de la acción colectiva en las democracias pos-industriales. Buscamos las causas tanto en las bases económicas como sociales de formación de intereses exógenos a la política, y también en desarrollos institucionales entre los electorados nacionales, como es el caso del Estado del bienestar, que genera nuevas divisiones políticas. Sostenemos que en la mayoría de las nuevas democracias la ausencia de costes sumergidos de las redes de organización tradicionales resulta ser una ventaja del atraso, pues permite que estas democracias echen mano de las oportunidades que les ofrece una futura movilización y representación de intereses más flexible y ágil.*

***Palabras clave:** intermediación de intereses, movilización, acción colectiva, partidos, grupos de interés, movimientos sociales.*

***T**he first section of this paper sketches a general logic of how actors choose fields of collective action, invest in collective mobilization, and frame its objectives. This analysis shows the possibility of highly differentiated modes of interest mobilization and intermediation to coexist in the same polity. In the second section I argue that empirically we observe a transition from "fused" to "differentiated" systems of interest mobilization and intermediation in advanced post-industrial democracies. These trends cannot be identified with a "decay" or "demise" of contemporary democracy, as suggested by competing theoretical arguments. In the final section I discuss potential causes for the accelerated decentering and differentiation of collective action in post-industrial democracies. I sought these causes both in economic and social bases of interest formation exogenous to politics as well as in internal institutional developments of the polity that generate new political divides, such as the welfare state. I maintain that in most new democracies the absence of the sunk costs of traditional organizational networks is an advantage of backwardness that allows these democracies to seize on the opportunities of more flexible, nimble mobilization and representation of interests in the future.*

***Key words:** interest intermediation, mobilization, collective action, parties, interest groups, social movements.*

En general, se tiene la sensación de que actualmente las democracias avanzadas pos-industriales están experimentando un descenso de confianza en sus instituciones democráticas centrales. El gran público parece estar especialmente desafecto de los partidos políticos y de manera más amplia se sospecha que los parlamentos, gobiernos y políticos electos están distanciados de sus bases. Los ciudadanos-clientes dudan que los políticos-agentes, cuando se dedican al mundo de la política, sigan teniendo en mente los intereses de los primeros. Algunos críticos han tildado con términos como "clase política" y "partitocracia" lo que ellos perciben como la "tienda cerrada" de las élites políticas, alejadas del gran público. Consideran la nueva movilización política de la izquierda, y sobre todo de la extrema derecha, como una consecuencia lógica de estos cambios. Otras señales de una decadencia de las democracias serían: el aumento de la abstención, la creciente volatilidad del apoyo electoral a los partidos y un clima general de cinismo hacia la política. La gente se torna contraria a la participación política convencional.

En contraste con esta visión de decadencia democrática, este trabajo presenta una concepción de que las democracias contemporáneas, en cuanto a sus pautas de movilización e intermediación de intereses, estén experimentando una "diferenciación democrática". Sean cuales sean las señales de creciente desconfianza hacia políticos e instituciones legislativas, no tienen nada que ver con una reorientación de unos ciudadanos que se alejan de la democracia, ni con un rendimiento renqueante del proceso de toma de decisiones democráticas, sino con la búsqueda de un menú más amplio de cauces de intermediación de intereses. Este proceso de cambio no deriva de un aumento supuesto o verdadero en la distancia entre cargos electos y electorados en comparación con un pasado idealizado e idolátrico, sino de los nuevos retos de la gobernación democrática y de una economía política en flujo. En muchos sentidos, los políticos de hoy se enfrentan a esquemas de tareas mucho más complejos que en el pasado en cuanto a representación e intermediación de intereses.

Usando términos metafóricos, se podría interpretar el proceso que esquematizaremos a continuación como el equivalente político al final del "fordismo" en la esfera de la producción económica. El fordismo consistía en gran-

des fábricas con una división meticulosa y altamente reglamentada de la mano de obra, que producía largas series de productos estandarizados con obreros no cualificados o semicualificados. En cambio, la informatización de sistemas de producción y herramientas de maquinaria ha aumentado la demanda de empleados altamente cualificados con capacidades cognitivas sofisticadas que toman decisiones discrecionales en un proceso productivo más flexible. La tecnología de producción permite que se hagan series cortas de manera eficiente, para que las empresas puedan ajustar su *output* a la demanda de sus clientes sin tener costes de producción excesivamente altos. La transición del fordismo al pos-fordismo en la tecnología manufacturera se corresponde con un cambio cultural en la esfera del consumo, que pasa de disfrutar de bienes estandarizados a buscar la diferenciación, el individualismo y la calidad en los estilos de vida material, lo cual se expresa en una crecientemente diversificación de los gustos del consumidor. Al por menor, estas tendencias han favorecido a las boutiques en detrimento de las grandes superficies, a menos que estas últimas se transformen en conglomerados de boutiques.

También en la política los gustos del consumidor y la creciente diversidad en la conceptualización de intereses, junto con un aumento de la capacidad ciudadana de discriminar entre alternativas políticas, han inducido a los innovadores políticos a adoptar "técnicas de producción flexible". A nivel de agregación e intermediación de intereses esto ha dado pie a que los innovadores políticos multiplicaran sus esfuerzos por ofrecer a los ciudadanos el equivalente a las boutiques en vez de las grandes superficies. En este artículo presentaremos primero una breve caracterización de la gama de alternativas disponibles en el menú de participación política e intermediación de intereses (sección 1). Luego contrastaremos de manera bastante escueta el mundo de la participación política de tipo ideal durante la "época de oro" del capitalismo occidental, que tuvo lugar en la recuperación después de la Segunda Guerra Mundial (aproximadamente de 1945 a 1970), con el mundo emergente de la política pos-fordista y altamente diferenciada de principios del siglo XXI. En este contexto nos referiremos brevemente a la cuestión de la decadencia de gobernación democrática, tanto en su aspecto cultural (confianza en instituciones y agentes políticos) como en su aspecto práctico-operacional de compor-

tamiento estratégico de los partidos y grupos de interés (sección 2). En la tercera y última sección reflexionaremos sobre las causas que están detrás de la transformación de determinados modos clave de intermediar intereses políticos. Concluiremos con un argumento prospectivo para un trabajo que construya sobre el actual: si cambian los modos de participar en la política, devaluando los costes invisibles de las organizaciones políticas existentes, bien podría darse el caso de que las democracias recién establecidas encuentren considerables "ventajas en estar atrasadas". Nunca invirtieron en esas pautas concretas de intermediación de intereses que ahora se van extinguiendo, y por tanto, pueden adherirse a nuevos modos de intermediar intereses con mayor facilidad que los electorados de las democracias más antiguas y establecidas.

### **MODOS DE PARTICIPACIÓN POLÍTICA E INTERMEDIACIÓN DE INTERESES**

Al traducir la movilización política y la intermediación de intereses en conceptos, sin duda nos vemos ante una red de prácticas sin costuras, que no pueden ser nítidamente reificadas en entidades empíricas diferenciadas que constituyan exclusivamente movimientos sociales, grupos de interés o partidos políticos. De todos modos, podemos identificar dimensiones subyacentes de variación en la movilización política que nos permitirán construir tipos ideales analíticos diferenciados de movimientos, grupos de interés y partidos, para así poder ejemplificar opciones estratégicas en la persecución colectiva de intereses. Distinguiremos las estrategias alternativas según se plasmen en dos dimensiones: una, institucional, y la otra, funcional.

En términos institucionales, los partidos políticos nombran a candidatos que compiten por puestos electos en los cuerpos representativos y ejecutivos nacionales. Los grupos de interés se mantienen fuera del campo electoral, pero comunican sus demandas por cauces que desembocan en el campo deliberativo de las asambleas legislativas o de las burocracias públicas dirigidas por ejecutivos nombrados directa o indirectamente por el legislativo (cargos de nivel ministerial). Estas prácticas incluyen *lobbying* a nivel de élite, informes en sesiones parlamentarias, campañas de presión a políticos concretos, conferencias de prensa públicas, demandas de tipo "class action", etc.

Finalmente, los movimientos sociales articulan demandas por métodos que se sitúan no solo fuera de, sino explícitamente *contra* los cauces institucionales disponibles para la articulación de intereses. Estas prácticas indican simbólicamente que los cauces existentes no son capaces de transportar las demandas de los movimientos y han de ser abolidos, o por lo menos reformados para cambiar las pautas predominantes de representación de intereses. Un breve repaso de las diversas prácticas de los movimientos sociales incluiría repertorios que abarcan desde las manifestaciones o la ocupación masiva de lugares públicos (sentadas) hasta los boicots y los bloqueos, e incluso los disturbios violentos contra la propiedad o los individuos.

Un correlato empírico de los diversos modos de articular intereses sería una variación en la proporción de participantes activos respecto de los miembros organizados en una movilización colectiva. Los actores están organizados en un sentido formal si hay: (1) reglamentos estatutarios de afiliación que distinguen a los que pertenecen a una organización focal que planifica y realiza la movilización colectiva y (2) reglas internas de conducta e interacción entre los afiliados a dicha organización ("acto constitutivo", estatutos). En los movimientos sociales los nodos organizados son típicamente bastante pequeños en relación con los participantes activamente movilizados. Los afiliados constituyen sólo un pequeño subgrupo de los participantes en las actividades. En el caso de la movilización de grupos de interés, los participantes activos son casi todos afiliados, con pocos clientes no organizados. Finalmente, en los partidos encontramos que los participantes activos son un conjunto casi tan grande como el de los afiliados (la mayoría de los cuales contribuyen de manera discreta) y casi no hay participantes que no estén afiliados.

Los tres tipos ideales de movilización colectiva también se refieren a *estilos alternativos de intermediación de intereses*. Las prácticas anti-institucionales subversivas son típicamente adversas a cualquier tipo de intermediación explícita de intereses. Si, de todos modos, tiene lugar, se enmarca en un estilo de confrontación pública en la cual los portavoces del movimiento se enfrentan a los representantes de los grupos contrarios, pero los primeros tienen muy poca autoridad discrecional para llegar a acuerdos con sus adversarios. En contraste, los grupos de interés fluctúan entre destilar de manera "dia-

lógica" los objetivos colectivos de sus miembros, lo que llevaría hacia un proceso público controlado por militantes de base en el cual negocian con adversarios políticos, y un control "monológico" del esfuerzo colectivo por dirigentes de la organización que a menudo buscan la acomodación con el adversario en negociaciones confidenciales a puerta cerrada (ver Offe y Wiesenthal, 1980). Los partidos políticos también se enfrentan a lógicas diversas de representación desde la base o de competición electoral dirigida desde la cúpula (ver Kitschelt, 1989), aunque en la mayoría de los partidos al final prevalece la negociación por parte de las élites.

A menudo es difícil determinar empíricamente cuándo una organización voluntaria de movilización de intereses colectivos es solamente un movimiento, un grupo o un partido en el sentido analítico ya definido. Las organizaciones políticas concretas redefinen continuamente su esquema de tareas y a menudo incorporan un menú bastante diverso de campos de movilización colectiva. Hay asociaciones colectivas que al mismo tiempo presentan candidatos a las elecciones, hacen *lobbying* de funcionarios públicos o comités parlamentarios, y organizan manifestaciones masivas. ¿Son movimientos, grupos de interés o partidos? Lo único que podemos decir es que las organizaciones colectivas tienen distintos *perfiles de prácticas políticas* (una generalización de la idea de repertorios de acción de Tilly, 1978), que en un momento dado nos permiten asociarles más con uno de los tres tipos ideales (movimientos sociales, grupos de interés, partidos).

Hasta ahora hemos distinguido modos de movilización colectiva e intermediación de intereses en términos de prácticas colectivas. Ahora haremos referencia a Aldrich (1995) para introducir una distinción más orientada hacia las tareas, en sentido casi "funcional", que nos permite hacer otro tipo de corte analítico en el campo tan diverso de la movilización de intereses. Generalizando la idea de Aldrich sobre el desarrollo de los partidos políticos, cualquier innovador político que se embarca en movilizar a gente en torno a un bien colectivo de cualquier tipo se enfrenta con al menos dos retos. Primero, ha de considerar cómo aunar recursos materiales con otros innovadores para facilitar la comunicación de sus objetivos colectivos a una audiencia de masas y atraer a esta audiencia de masas para que participe en su esfuerzo (por medio de incentivos selectivos, campañas de registro de votantes...). Es decir, los

innovadores políticos han de tratar el problema de la *acción colectiva*. Típicamente, los innovadores invierten en solucionar el problema de la acción colectiva creando una *infraestructura organizacional* que facilite aunar la comunicación y los recursos de varios innovadores y distribuir los incentivos selectivos a unos participantes activados. Estas inversiones sólo tienen lugar si los innovadores calculan que la causa tras su movilización colectiva es lo suficientemente duradera en el tiempo como para generar un flujo continuo de "réditos" sobre la inversión inicial. Si los innovadores definen su causa como limitada a una decisión colectiva jugada a una sola carta, por ejemplo la prevención de un proyecto industrial específico o de misiles nucleares de alcance intermedio o de una enmienda constitucional, estarán menos dispuestos a invertir en una infraestructura organizacional que si conciben su causa como una lucha a largo plazo en un tema recurrente con objetivos políticos concretos y fluctuantes.

Segundo, los innovadores políticos tienen que determinar la amplitud de sus demandas y objetivos colectivos. En el continuo de enmarcación de demandas políticas encontramos, en un extremo, (1) los objetivos con un enfoque sustantivo estrecho que no incorporan acuerdos y concesiones complicados en el campo temático ("entrelazando cuestiones políticas"), y, al otro extremo, (2) programas comprensivos de transformación de la sociedad, que tocan la mayoría de los elementos de la organización social ("las ideologías"). Cuanto más se inclinen los innovadores políticos hacia objetivos amplios, más provechoso les resultará invertir en *técnicas de formación de un consenso colectivo dentro de su organización* por medio de mecanismos de deliberación, persuasión o coerción. Es decir, las inversiones en procedimientos intentan superar problemas de *elección social*, como la inestabilidad de decisiones colectivas que resulten de esquemas de preferencia heterogéneos entre innovadores que aúnan sus recursos para conjuntos amplios de objetivos.

En términos funcionales, ahora podemos distinguir analíticamente la movilización colectiva según el grado en que los innovadores estén dispuestos a invertir en infraestructuras administrativas para resolver problemas de acción colectiva y en procedimientos políticos que vayan dirigidos a solventar inestabilidades en cuestiones de elección social. Ninguna de estas inversiones tendrá lugar si los innovadores enmarcan lo que está en juego como unos

objetivos de corto plazo, discretos, y limitados, que por un aumento de esfuerzo organizacional sólo darán réditos limitados. En términos de ámbito y tácticas institucionales, los innovadores tendrán en este caso una mayor inclinación hacia la acción colectiva subversiva que por el uso de cauces políticos que afirmen las instituciones existentes.

Cuando los innovadores enmarquen las posibilidades colectivas como causas de largo alcance, duraderas, pero limitadas en amplitud sustantiva a un campo concreto de organización social, tenderán a invertir en una infraestructura administrativa de movilización colectiva, pero no en extensos procedimientos de formación de consenso en temas diversos. Al ajustar la amplitud sustantiva de sus objetivos colectivos a un tema restringido, pueden evitar entrelazar cuestiones políticas ("issue-linkage") y tampoco tendrán que elaborar una ideología comprensiva, evitando así todos los mecanismos organizacionales que sería necesarios instituir para producir una fidelidad interna a una concepción ideológica diferenciada. Una limitada amplitud de objetivos pero con unas previsiones de ganancias duraderas, deriva en la formación de grupos de interés que emplean su infraestructura administrativa (organización formal) en esfuerzos por utilizar los cauces institucionales ya existentes de intermediación de intereses.

Cuando los innovadores enmarcan lo que está en juego como una causa de larga duración y estable, pero también como una oportunidad para transformar la sociedad según un programa comprensivo, tenderán a invertir tanto en una infraestructura organizacional como en procedimientos de agregación de intereses. Y, en cuanto a tácticas, tenderán a entrar en el campo institucional de la competición electoral entre partidos. Las elecciones en democracias se basan en el principio de representación territorial. Los representantes políticos toman decisiones sobre una gama temática indeterminada e incierta. Dado que unos votantes racionales intentarán calcular de antemano las probables preferencias de los candidatos para poder elegir los más cercanos a sus propias preferencias políticas ideales, los candidatos presentarán sus posturas temáticas de acuerdo con dimensiones ideológicas subyacentes (Hinich y Munger, 1994). Los votantes reciben señales sobre las posiciones que adoptan los candidatos y partidos en estas dimensiones. Como economizadores de información, siguen estas indicaciones generalizadas

para inferir las probables posiciones de los candidatos en una amplia gama de temas, *aunque no sepan nada de lo que haya dicho un candidato sobre un tema particularmente destacado para ellos*. Por tanto, como coaliciones de políticos que buscan ser elegidos, los partidos políticos invierten en procedimientos que resuelven los problemas de elección social y permiten enmarcar programas más comprensivos. Además, en las modernas democracias de masas son inconcebibles una organización y una campaña política eficaz que no tengan primero una inversión más o menos sustancial en infraestructura organizacional.

Esto nos lleva a una cuarta combinación de tipo ideal, que serían unas posibilidades políticas amplias, pero con un limitado horizonte temporal de acción política. Esto concuerda con aquellos innovadores políticos que estén dispuestos a invertir en resolver problemas de elección social, pero no en problemas de acción colectiva. Antes de que hubiera sufragio universal en las oligarquías competitivas, como por ejemplo en el parlamento británico del siglo XIX, ésta sería la estrategia de los *caucuses* de los partidos parlamentarios. En una situación muy distinta, la de la política contemporánea, una inversión fuerte en uniformidad ideológica colectiva, pero una reducida infraestructura administrativa, serían las características de sectas revolucionarias que están en los márgenes de la política electoral y protestataria. De modo general, haremos caso omiso de esta configuración en el resto del artículo, pues no se ajusta a las realidades de la política democrática de masas.

Las concepciones institucionales y funcionales de movimientos, grupos y partidos se cruzan de tal modo que se pueden distinguir unos tipos ideales nítidos en contraste con "tipos diminutivos" en que las exigencias institucionales y funcionales moldean de maneras contradictorias entre sí las prácticas de movilización e intermediación de intereses (ver Tabla 1). En los movimientos sociales una sensación de equilibrio se halla adoptando prácticas anti-institucionales que requieren poca inversión en infraestructura administrativa o formación de consenso, porque los objetivos de la lucha son discretos y se logran de una vez para siempre (celda 1.1). Pero ya que los innovadores dedicados a prácticas anti-institucionales invierten en la infraestructura organizacional (celda 1.2), los participantes más destacados se interesarán principalmente por hacer que sobreviva la

organización colectiva y por proteger la inversión política consiguiente. Esto deviene un poderoso estímulo para moderar estrategias y trabajar dentro de los cauces institucionales existentes, y no contra ellos, transformando así un movimiento subversivo en un grupo de interés (celda 2.2). Históricamente, los grupos de interés poderosos, como los sindicatos, a menudo oscilan y se debaten entre prácticas institucionales y anti-institucionales, con el afán de sobrevivir como organización haciendo que se decanten a favor de la segunda opción. Esta dinámica se percibe por ejemplo en los debates sobre huelgas políticas nacionales en Alemania y Francia antes de la Primera Guerra Mundial.

La presión para acomodarse a las prácticas institucionales e incluso participar en política electoral es tanto más fuerte cuando los movimientos resuelven problemas de acción colectiva y de elección social, refinando una ideología amplia (desde celda 1.3 a celda 2.3 o 3.3). Si la democracia electoral es suficientemente abierta como para permitir que los contendientes tengan la oportunidad de competir por puestos políticos, tarde o temprano los movimientos con una ideología que incorpora una elaboración amplia de objetivos sociales dejarán las barricadas y piedras para coger "piedras de papel" que depositan en urnas para apoyar a partidos políticos (Przeworski y Sprague, 1986). Por ello,

Tabla 1: MODOS DE MOVILIZACIÓN COLECTIVA

| Alternativas funcionales: inversiones en resolver problemas de acción colectiva (AC) y/o elección social (ES) |   |                                |  |
|---|---|--------------------------------|--|
| MODOS DE MOVILIZACIÓN POLITICA  | NINGUNA INVERSION (AC - Y ES -)   | INVERSION EN AC (AC + Y ES -)  | INVERSIONES EN AMBAS (AC + Y ES +)     |
| PRACTICAS ANTI-INSTITUCIONALES (MANIFESTACIONES)  | MOVIMIENTOS SOCIALES (EQUILIBRIO)   | GRUPOS DE INTERES SUBVERSIVOS  | SOCIEDADES SECTARIAS Y REVOLUCIONARIAS |
| PRACTICAS INSTITUCIONALMENTE COMPATIBLES  | MOVIMIENTOS DE REFORMA  | GRUPOS DE INTERES (EQUILIBRIO) | POLITICA DE PILARES                    |
| PRACTICAS INSTITUCIONALMENTE CODIFICADAS: COMPETICION ELECTORAL   | PARTIDO CARISMATICO, REPRESENTACION INDIVIDUALISTA DE PARTIDO DE TEMA UNICO | PARTIDO CLIENTELAR             | PARTIDOS PROGRAMATICOS (EQUILIBRIO)    |

los innovadores políticos nunca pudieron sostener el socialismo revolucionario ante una democracia electoral abierta. Esta estructura de oportunidades inevitablemente conduce a la génesis de partidos socialdemócratas reformistas (Lipset, 1983).

De un modo similar, los grupos de interés no electorales, tales como los sindicatos, que tienen objetivos ideológico-programáticos comprensivos de reforma social (celda 2.3), siempre han coexistido y colaborado con partidos políticos programáticos en el campo electoral (celda 3.3). El extenso alcance ideológico de estos sindicatos facilitaba sus lazos con los partidos correspondientes, haciendo de ellos unas "correas de transmisión" (en la frase leninista) de sus tácticas. Al mismo tiempo los innovadores políticos en los sindicatos siempre han considerado que la elaboración ideológica comprensiva de objetivos políticos (en celda 2.3) reducía la

organización de masas del sindicato porque repelía a afiliados potenciales que estarían de acuerdo con el sindicato en un conjunto clave de temas relacionados con el ámbito laboral (salarios, condiciones de trabajo, semana laboral), pero no con un extenso programa de transformación social. Así, el sindicalismo "puro y duro" (en palabras de Samuel Gompers, de la AFL) fortalecería la capacidad movilizadora de los sindicatos en cuestiones claves de conflicto industrial, sustrayendo al grupo de interés de sus vínculos en el campo de la competición entre partidos y las aspiraciones programáticas comprensivas (celda 2.2).

Hasta aquí hemos presentado las dinámicas que tienen lugar a nivel de actores que llevan a cabo movilización colectiva en estados de desequilibrio donde las inversiones en acción colectiva exceden los cometidos institucionales (es decir, celdas 1.2, 1.3 y 2.3). A la inversa,

también podemos examinar cómo esfuerzos colectivos que "infra-invierten" de cara al campo institucional en que juegan experimentarán presiones hacia uno de dos extremos: o desinstitucionalizar sus luchas o incrementar sus inversiones. Así, los movimientos con reducida inversión en acción colectiva, que luchan por bienes colectivos discretos a una sola carta (celda 2.1) pueden fácilmente pasarse a estrategias subversivas (celda 1.1) o convertirse en grupos de interés con inversiones en infraestructura (2.2).

También existe un precario desequilibrio cuando los individuos y las entidades colectivas compiten en el plano electoral de la democracia de masas sin invertir en infraestructura de organización ni en soluciones a problemas de elección social (celda 3.1). Este sería el caso de los modos de representación individualista, sobre todo en partidos carismáticos impulsados por la calidad personal extraordinaria de un líder. Como argumentó tan convincentemente Weber (1920:78), el carisma personal es un recurso transitorio que permite a los líderes políticos asegurar que sus seguidores presten apoyo durante un período limitado de tiempo. Más temprano que tarde, los seguidores demandarán que el carisma se convierta en algo rutinario. Esto implica que a veces sea necesario que los políticos que compiten en un campo electoral ofrezcan beneficios materiales a cambio de apoyo y servicios. Este camino requiere unas inversiones considerables en infraestructura técnico-administrativa ("maquinaria política") para poder organizar la redistribución política de recursos limitados por vía de un aparato del partido político (de tipo clientelar en celda 3.2). Los líderes carismáticos también se pueden ver confrontados con el imperativo de ceñirse definitivamente a un programa político de reforma, en vez de mantener a su discreción personal los objetivos de la movilización electoral. En este caso, los seguidores les urgen a adoptar un proceso de clarificación programática que presupone inversiones en procedimientos y que pretende resolver el problema de la elección social. Al buscar apoyo para el programa, intentan incentivar a los seguidores a que contribuyan al esfuerzo colectivo (celda 3.3).

Las instituciones que gobiernan las elecciones competitivas se basan en un principio de representación territorial y no funcional. Puesto que los políticos elegidos pueden tomar decisio-

nes sobre una variedad de temas infinita e incierta, los votantes racionales interesados en la política de su partido apoyarán a sus candidatos sólo si resuelven el problema de la elección social y ofrecen a los votantes paquetes programáticos basados en principios políticos normativos simples y unificadores. Por ello, los "partidos de un solo tema" han resultado ser una y otra vez fenómenos de corta duración (celda 3.2). Al poco tiempo pueden experimentar luchas internas por cuestiones de elección social y así perder votos, como ocurrió recientemente con los partidos de pensionistas en los Países Bajos. O pueden sufrir pérdidas electorales, pero luego reorganizarse en torno a una propuesta programática comprehensiva que les permita ampliar su base electoral una vez más. Los partidos ecologistas de Francia y Suecia inicialmente se presentaron como partidos con un sólo tema y se proclamaron fuera del espectro izquierda-derecha (en términos ideológicos), pero al final descubrieron que conseguían un apoyo electoral sostenido sólo cuando reformularon su posición como un programa comprehensivo de la "izquierda segunda", que preferimos denominar Izquierda libertaria (Kitschelt, 1989).

Entre todos los esfuerzos colectivos no-equilibrados en el campo electoral, sólo un partido clientelar tiene alguna posibilidad de sobrevivir (Kitschelt, 2000b). Pero esta subsistencia depende de circunstancias institucionales y político-económicas concretas, a las que me refiero resumidamente en la sección 3.

De una manera general, argumentaremos en la sección 2 que, en el transcurso del envejecimiento y de la "maduración" de la democracia durante el siglo veinte en electorados industriales avanzados y luego pos-industriales, se ha dado una diferenciación de prácticas políticas colectivas que encamina su orientación institucional y funcional más hacia las prácticas "congruentes" o "equilibradas" de los movimientos sociales, grupos de interés o partidos de las celdas 1.1, 2.2 y 3.3 de la tabla 1. En parte, este proceso está gobernado por una lógica interna de aprendizaje entre innovadores políticos y sus seguidores, como se ha sugerido en las páginas anteriores. Sin embargo, en parte también ha resultado de los cambios en condiciones históricas, institucionales y político-económicas que, como catalizadores, aceleran la diferenciación de los modos de movilizar intereses (sección 3).

## FENOMENOLOGÍA DE LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA: DESDE LA EDAD DE ORO HASTA COMIENZOS DEL SIGLO XXI

A principios del siglo XX, sólo la más antigua democracia de masas, los Estados Unidos, demostraba una diferenciación relativamente nítida entre movimientos sociales, grupos de interés y partidos políticos. En las democracias de Europa Occidental, que en su mayoría tuvieron un origen muy posterior al de EE.UU. tanto en orden histórico-cronológico como en cuanto a industrialización interna y movilización política, había una *fusión* de los tres modos de práctica colectiva, y ésta prevaleció hasta bastante después de la Segunda Guerra Mundial. Por tanto, la gran noticia del último tercio del siglo XX es la diferenciación de las formas de movilizar intereses colectivos. Aunque las diferencias transnacionales sean aun bastante importantes, a principios del siglo XXI todas las democracias occidentales "maduras" finalmente presentan panoramas de intermediación de intereses políticos fuertemente diferenciados.

El desarrollo académico de las ciencias políticas refleja estos cambios históricos en la acción política. Hasta los años setenta las teorías de movimientos sociales y grupos de interés eran casi exclusivamente una problemática norteamericana, pues los estudiosos de EE.UU. podían discernir nítidamente varios modos de acción colectiva independientes entre sí. En Europa la idea de "movimiento social" traía a la mente la "cuestión social", una convención lingüística del siglo XIX que se refería al surgir de los primeros movimientos obreros. Por tanto, para los estudiosos europeos los movimientos sociales y la movilización de intereses eran considerados casi idénticos al tema de los orígenes de los partidos obreros y conflictos de clase del siglo XX. Sólo en los años setenta cuando los movimientos sociales europeos finalmente se establecieron claramente como entidades diferenciadas e independientes, desvinculadas de los movimientos obreros, los estudiosos de la política empezaron a desarrollar teorías sobre los movimientos sociales como formas diferenciadas de movilización política.

Ahora esbozaremos escuetamente el contraste entre el orden "fusionado" de movimientos sociales, grupos de interés y partidos políticos europeos de mediados del siglo XX, y un electorado democrático funcional e institucionalmente diferenciado en las democracias posindustriales de principios del siglo XXI. Poste-

riormente, a la luz de ello interpretaremos ciertos datos empíricos de sondeos sobre "confianza" democrática e ideas teóricas sobre las mudables relaciones cliente-agente en la política democrática.

### Panoramas fusionados y diferenciados de acción política

En la mayoría de las democracias europeas hasta los años setenta los partidos de masas configuraban los sistemas de representación e intermediación de intereses, expresando fracturas políticas que se habían originado en las revoluciones nacionales e industriales del último cuarto del siglo XIX o primero del XX (Lipset y Rokkan, 1967). Estos partidos de masas se rodeaban de una multitud de grupos de interés económicos y culturales, asociaciones cívicas y clubes sociales que acompañaban el ciclo vital de los afiliados de la cuna a la tumba. Estas redes interorganizativas proveían incentivos que podían ser materiales, o de solidaridad, o de objetivos, con el fin de conseguir una amplia afiliación. En muchos países la participación en una red conseguía acceso preferente a viviendas protegidas, trabajo en el sector público, pensiones, y seguros sanitarios y de desempleo. Los partidos extendían su hegemonía ideológica con el apoyo de una extensísima prensa afiliada a los partidos, que incluía periódicos y revistas semanales o mensuales para diversos subsectores dentro de su electorado.

En un contexto jerárquico con grupos de interés subsumidos bajo un partido líder que estaba en el ápice de una red institucional, incluso los movimientos sociales que hacían protestas subversivas florecían principalmente en la proximidad inmediata de y estrechamente vigilados por los partidos políticos. Este ha sido el caso no sólo de los conflictos en el ámbito laboral entre patrones y trabajadores, o de las controversias religiosas, también se aplica a causas que a primera vista no estarían relacionadas, como los movimientos de desmilitarización y anti-nuclear en los años cincuenta, fuertemente influidos por los partidos de izquierdas. De manera similar, antes de la Primera Guerra Mundial y del período de entreguerras los movimientos de mujeres tendían a reflejar las divisiones ideológicas existentes en el espectro de partidos.

Como organizaciones focales, los partidos construyeron, mantuvieron y extendieron sus

redes interorganizacionales sobre todo por medio de su política municipal. Incluso se podría decir sin exagerar apenas, que de cara a articular entornos cívico-asociacionales en torno a partidos, importaba menos el color del gobierno nacional que el afianzamiento de estas redes a nivel municipal.

Las redes partido-céntricas presentaban extraordinaria resistencia y durabilidad al entrelazar incentivos materiales, ideológicos y culturales para una afiliación masiva al partido. También permitían que grupos reducidos de líderes e innovadores políticos gestionasen estas redes con poca necesidad de dar explicaciones ni de recibir *input* de las bases. Las masas de seguidores estaban principalmente interesadas en satisfacciones de tipo material-cultural, y trataban a sus líderes políticos con gran deferencia con tal de que los gobiernos municipales o las agencias cultural-simbólicas afiliadas al partido proveyesen por lo menos un nivel moderado de satisfacción. Invariablemente surgían conflictos y disturbios políticos dentro de la red del partido por causa de la competición y las diferencias entre élites. En este sentido está totalmente mal encaminada la visión de Robert Michels (1911:62) sobre los conflictos entre élites y masas en el movimiento obrero, vistas como batallas entre unas bases generalmente radicales y unas élites mas o menos unificadas, moderadas, centradas en el statu quo y el trabajo. Una imagen más ceñida a la realidad sería la de conflictos que surgen entre radicales y moderados dentro de la estrecha capa de los cuadros potencial o totalmente dedicados al partido, políticos activos e intelectuales del partido, que luego movilizan a diversos segmentos de las bases.

En muchos países prevalecieron redes de organizaciones solidificadas en "pilares", "sectores" o incluso "sub-sociedades", sobre todo en el movimiento obrero (tanto en la variante socialdemócrata como posteriormente en la comunista), y partidos confesionales cristianos o ecuménicos, sobre todo católicos. Pero a principios del siglo XX los ciudadanos de algunos países vieron como también se construían redes similares representando a los intereses de los conservadores, agrarios e incluso liberales de mercado (p.ej., en Bélgica).

Este no es el sitio para analizar la variación transnacional en elaboración y estructuración de redes partido-céntricas en los Países Bajos, Bélgica, Austria y Escandinavia por una parte, y Francia por la otra. La diversidad de las redes de

organizaciones, extendidas por los partidos a electorados enteros, fue el resultado de una serie de factores como: el momento en que se produce la industrialización, la liberalización de mercados y la democratización, junto con las rupturas, los reveses y los reinicios del proceso democratizador, las pautas de formación de los Estados, el desarrollo demográfico, y finalmente, el conflicto cultural. Sin embargo, el mayor contraste con los diversos caminos europeos lo presenta Estados Unidos, que extendió la franquicia política antes de que despegase la industrialización, y mostraba una ausencia de restricciones gremiales pre-industriales al comercio, un desarrollo tardío de un aparato estatal profesionalizado, un desarrollo demográfico extraordinariamente dinámico y niveles inauditos de pluralización cultural.

Pero en la década de los setenta era obvio que en Europa se estaban resquebrajando las redes organizacionales más densas de intermediación de intereses políticos. A finales de los sesenta y durante los setenta surgieron movimientos estudiantiles, u otros en contra de la guerra de Vietnam, en defensa del medio ambiente y de las mujeres, siguiendo el modelo de los movimientos de Derechos Civiles, libertad de expresión, ecología y mujeres en Estados Unidos. Estos movimientos constituyeron el primer corte con los moldes ya establecidos, destacando así movimientos que estaban explícitamente opuestos a las redes interorganizacionales existentes centradas en los partidos políticos que estaban en su ápice. El hecho de que los "nuevos" movimientos sociales se desasociaran de este establecimiento vertical de redes organizacionales cobró mayor ímpetu en los años ochenta con los movimientos de desarme y contra la colocación de misiles nucleares de alcance intermedio de la OTAN. En algunos países estos movimientos aún recibían bastante apoyo de los partidos tradicionales de izquierdas (p.ej. en Gran Bretaña y los Países Bajos), pero en la mayoría de los países estos movimientos atraían a un amplio espectro de personas que salvaban las divisiones existentes entre los partidos.

El aumento en la diferenciación política también se mostraba en la decreciente afiliación y participación europea en partidos políticos históricos. En los años noventa bastantes partidos tradicionales se enfrentan a una falta de candidatos para cargos municipales electos, además de crecientes problemas en cubrir pues-

tos internos del partido reservados a voluntarios. Aunque haya distintos ritmos en cada país, la afiliación formal a partidos ha disminuido en toda Europa Occidental desde los años setenta, salvo en unos cuantos casos excepcionales.

Durante esa década y sobre todo en los ochenta los principales grupos de interés afiliados a partidos se incorporaron a esta tendencia a alejarse de los vehículos electorales focales de las redes de organizaciones a las que pertenecían. Y a la inversa, actualmente los cargos políticos electos se muestran contentos de no tener que identificarse ya con las políticas y posturas de los grupos de interés. Esta separación les podría liberar de la acusación de estar sirviendo a "determinados intereses". En este proceso de separación interorganizacional, los innovadores políticos en los grupos de interés están libres para perseguir los intereses instrumentales y determinados de sus miembros en áreas concretas de política, sin tener que preocuparse por las posturas de los miembros y líderes de la organización en una multitud de otros temas no relacionados.

El ejemplo más dramático de la transformación en las relaciones entre grupos de interés y partidos políticos en las redes de organizaciones se da en los movimientos obreros. Los partidos socialdemócratas e incluso los comunistas cada vez se mantienen más distanciados de su correa principal de transmisión a las masas, que son los sindicatos. Las graves derrotas electorales de ciertos partidos que muchos votantes identificaban con los intereses específicos de los sindicalistas a menudo han precipitado cambios así. Esta interpretación se aplica con mayor fuerza en el caso del Partido Laborista británico, cuyo cambio de fortuna va irremisiblemente vinculado a una demostración creíble de que los líderes del partido ya no están a la merced del Congreso de Sindicatos Británicos (TUC). Incluso en países como Austria y Suecia se han debilitado los antiguos lazos de afiliación cruzada, élites compartidas y coordinación estratégica entre sindicatos y partidos de la izquierda moderada. Donde los sindicatos están divididos según colores de partidos y culturas, como en Francia, Italia, y en cierta medida Japón o los Países Bajos, los dirigentes de varios sindicatos han intentado aunar recursos y coordinar estrategias mientras se distanciaban de los partidos con los que anteriormente se afiliaban.

Este proceso de diferenciación en los modos de movilizar e intermediar intereses contribuye

al declive, si no al colapso del proceso neocorporatista de toma de decisiones. A medida que se van distanciando los partidos y los agentes de representación colectiva en la esfera económica, sindicatos y asociaciones de empresarios pierden sus incentivos y capacidades para acatar los deseos de gobiernos afines: de llegar a acuerdos entre sí. Como ha demostrado Scharpf (1991), cuando hay un gobierno socialdemócrata acomodador los sindicatos tienden a tratar el tema de las restricciones salariales según la teoría de juegos, buscando los intereses de los obreros. Sólo cuando dicho gobierno tiene autoridad organizacional sobre los sindicatos o medios para persuadirlos, se contentarán éstos con una estrategia de segunda como sería la moderación salarial. Al desasociarse los sindicatos de los partidos, claramente disminuyen las probabilidades de que este tipo de moderación ocurra. Como consecuencia, los gobiernos de izquierdas estarán más inclinados a recurrir a políticas fiscales y monetarias restrictivas para disciplinar a los sindicatos en sus demandas salariales.

El declive de los viejos partidos y de sus sistemas de lazos sociales no se ve sustituida por otras redes de organizaciones en torno a nuevos partidos. En contextos de nuevas alineaciones competitivas entre partidos políticos donde han surgido una Izquierda libertaria o una Derecha autoritaria, los nuevos competidores han mostrado poca inclinación o habilidad para reproducir entre sus afiliados unas redes interorganizacionales como las creadas por los otros partidos. Por ejemplo, los grupos de defensa del medio ambiente y los movimientos ecologistas se han cuidado mucho de no incorporarse a los emergentes partidos verdes (véase Kitschelt, 1989: capítulo 9). Los innovadores en movimientos y grupos del entorno ecologista saben perfectamente que una afiliación abierta con los partidos verdes o la izquierda-socialista izquierda-libertaria reduciría su apoyo público, al dar pie a que sus afiliados, defensores del medio ambiente, tengan conflictos entre sí por cuestiones ideológicas más amplias.

Esta interpretación de la política finisecular como de creciente diferenciación de los modos de movilizar intereses colectivos contrasta con la perspectiva que sostiene que los movimientos sociales de las democracias occidentales surgieron como un breve episodio limitado a las décadas de los sesenta y setenta. Una vez que se habían librado las grandes batallas en cuanto

a derechos civiles, medio ambiente, energía nuclear, estacionamiento de misiles nucleares de alcance intermedio, y derechos de la mujer, estos movimientos volvieron a un estado de letargia y dejaron el campo de la acción política a las asociaciones de siempre. Siguiendo un poco más con este argumento, si aun podemos observar movimientos de protesta en las décadas de los ochenta y noventa, de todos modos la iniciativa ha pasado a las protestas de la derecha contra la inmigración y el multiculturalismo.

Hay por lo menos dos razones por las cuales este argumento no se ajusta empíricamente a la realidad. En primer lugar, los estudios de protestas muestran que se mantienen movilizaciones en una gran variedad de causas durante los ochenta y noventa. A diferencia de los años setenta, estas protestas más recientes tienden a ser luchas más descentralizadas, locales y de menor escala. Por otra parte, tanto los medios de comunicación como los políticos y el público se han acostumbrado a ver protestas y movimientos sociales de tipo colectivo de tal modo que ya no les prestan tanta atención como en el ciclo inicial de los años sesenta y setenta. En segundo lugar, la persistencia de la vitalidad real y potencial de los movimientos sociales se ve sostenida por datos de sondeos sobre apoyo y disposición para participar en movimientos como los de ecología, contra plantas nucleares e intervenciones militares. Por ejemplo, en la segunda mitad de los ochenta sólo hubo contadas protestas masivas espectaculares de algunas de estas causas, pero mantuvieron un fuerte apoyo popular y una disposición del público a involucrarse, que incluso aumentó en varios países en el transcurso de la década (véase Aarts 1995:247-54).

### **Confianza en la democracia y acción política**

Algunos observadores han interpretado la caída progresiva de afiliación partidista en buena parte de Europa, sobre todo entre las cohortes de edad inferior, y también el aumento de volatilidad electoral en algunos países como una indicación de desorganización y declive democrático. Han puesto estos indicadores empíricos en el contexto de una creciente desconfianza en las instituciones democráticas como los parlamentos nacionales, permitiéndoles concluir con profecías catastrofistas sobre el futuro

de las democracias occidentales. Pero un análisis más detallado de la relación entre procesos políticos de participación democrática y confianza en las instituciones democráticas muestra una imagen distinta que se ajusta más a nuestra visión de que las democracias contemporáneas han estado pasando por un proceso de creciente diferenciación en sus modos de movilizar e intermediar intereses.

Comenzaremos con la cuestión de confianza en las instituciones democráticas. Es cierto que desde principios de los ochenta hasta principios de los noventa - y posiblemente desde entonces también - ha habido una leve tendencia, con variación a nivel transnacional, hacia menor confianza en las instituciones públicas (véase Newton y Norris, 1999). Pero hay que completar este cuadro con alguna información adicional. Primeramente, que el apoyo popular a valores democráticos básicos, en contraste con el apoyo a instituciones concretas, sigue siendo tan alto en los noventa como nunca (véase Dalton, 1999a; Klingemann, 1999). Segundo, la variación transnacional en confianza institucional supera con mucho las tendencias diacrónicas. A nivel agregado esta variación transnacional está fuertemente ligada al rendimiento económico diferencial de las democracias así como al grado de institucionalización de los lazos entre ciudadanos y políticos forjados por el sistema de partidos usando incentivos materiales selectivos de tipo clientelar (Kitschelt, 2000c). A través del tiempo han persistido y florecido tanto las democracias con alto grado de confianza institucional o satisfacción como las que muestran niveles bajos.

En tercer lugar, la literatura sobre el declive democrático tendría razón si aquellos que desconfían de las instituciones democráticas también están más inclinados a rechazar valores democráticos o a participar menos, sobre todo en los modos convencionales de participación política. Además, habría causa de preocupación si apareciera un claro trasvase de la participación convencional (grupos de interés y elecciones / partidos) hacia la no-convencional (manifestaciones). Sin embargo, no hay ninguna evidencia sistemática que sostenga estas implicaciones.

Siguiendo a Inglehart y Dalton, aquellos que desconfían más de las instituciones democráticas serían pos-materialistas. Más correctamente se les debería llamar libertarios, pues apoyan mayor autonomía personal ante la supervisión

estatal, más participación política y mayor control ciudadano de los procesos democráticos. Empíricamente estos ciudadanos están más dispuestos a apoyar principios democráticos que otros ciudadanos "materialistas" (Dalton, 1999b). También tienen mayor disposición que otros a participar en la política democrática. Ya en los años setenta y repetidamente desde entonces, la investigación empírica ha encontrado una inclinación ciudadana crecientemente diferenciada pero que en los márgenes se reforzaba hacia participar en diversos modos de acción política (Barnes y Kaase, 1979). Así, los activistas involucrados en comportamiento político "no convencional" como manifestaciones de movimientos sociales, cuyos innovadores políticos se mantienen un tanto alejados de los partidos, están al mismo tiempo más inclinados a contribuir de algún modo a grupos de interés y partidos que aquellos ciudadanos que no participan en estos tipos de protesta. La diferenciación y complementariedad de los modos de acción política son ahora los principios de operación centrales de las democracias pos-industriales avanzadas, y no el renunciar a unas cosas por otras ni el declive de la acción política. Paradójicamente, un aumento de desconfianza en instituciones democráticas fortalece la participación democrática.

### **Relaciones de agente-cliente y la praxis democrática**

Otra preocupación popular es que una "clase política" ha cristalizado dentro de un cartel cerrado de partidos, y que está sofocando la participación y representación democrática (Katz y Mair, 1995). Según esta visión los políticos y los partidos establecidos han conseguido desligarse cada vez más de sus electorados. Alcanzan este objetivo por acuerdos tipo cartel entre todos los partidos tradicionales sobre los principios políticos a conseguir. Además, un financiamiento público generoso reduce su dependencia de contribuciones económicas de afiliados, permitiendo así que las élites estén menos atentas a las demandas de las bases.

Esta interpretación de la política contemporánea de partidos contiene una serie de supuestos e inferencias implícitas que son inadecuados a nivel teórico y empírico (para una crítica, véase Kitschelt, 2000a). En términos empíricos, los estudios actuales encuentran que los dirigentes

de partidos son bastante representativos de sus miembros y electorados en términos de posturas políticas (posicionales) (Klingemann, 1995; Widfeldt, 1995). Si uno conoce qué posturas sostienen los afiliados a un partido, se puede predecir de manera robusta la posición de los líderes del partido en el mismo tema. En contraste con la hipótesis del cartel, los líderes de partidos diversos tienden a estar más polarizados y divididos entre sí que sus seguidores (véase Holmberg, 1989; Iversen, 1994).

De mayor calado aun es el hecho de que a nivel teórico el modelo de "partidos cartel" no toma en cuenta los efectos contrarios de la competición entre líderes dentro de los partidos, y entre partidos por apoyo del electorado y de sus afiliados. En vista de los mecanismos institucionales que fomentan esta competición, no parece comprensible que los líderes pudieran ceñirse a pactos de cartel o incluso sofocar la competición interna para desvincularse de las bases del partido. Dado que la afiliación es voluntaria y los fondos públicos dependen del apoyo electoral, las voces discrepantes pueden marchar del partido, fundar uno nuevo, y conseguir fondos públicos tan pronto alcancen un nivel mínimo de apoyo. Se ha demostrado empíricamente en una variedad de países que una y otra vez es políticamente factible esta defección y que trae consigo una mayor reacción por parte de los partidos históricos grandes. Como consecuencia de esta constante amenaza de nuevos competidores, los líderes del partido se hayan en un dilema de prisionero cada vez que consideran la posibilidad de formar acuerdos de tipo cartel con otros partidos para no tener que responder ante sus votantes. Tanto los políticos como sus partidos siempre tienen un incentivo individual para la defección de los acuerdos de partido de tipo cartel, pues tendrán la posibilidad de beneficiarse electoralmente de propuestas programáticas que se acercan más a las preferencias del votante mediano que aquellas de los partidos cartel poco representativos y desconectados de su electorado.

La diferenciación de los modos de participación política e intermediación de intereses debilita aun más el poder que mantienen sobre sus bases los dirigentes del partido o de los grupos de interés, al facilitar una salida de las asociaciones establecidas. Sólo si hay una pluralidad de alternativas disponibles será atractiva la opción de marchar de una organización para

otra que compite en el mismo campo institucional, o más aún, cambiar de modo de movilizar intereses (p.ej., del activismo de partido al movimiento social de protesta). Además, la existencia de tales alternativas externas permite que los miembros de una asociación respalden su voz e insatisfacción dentro de una organización con una amenaza creíble de salida. Para tener una voz efectiva contra una oligarquía es necesaria una opción de salida (Hirschman, 1970). Mientras movimientos, grupos de interés y partidos políticos estaban fusionados en redes interorganizacionales sin costuras, los activistas insatisfechos no tenían alternativas para escapar del poder de las élites políticas que a la sazón gobernaban el "pilar" político en el cual estaban inmersos. La única opción de salida era abandonar la red entera de compromisos y orientaciones ideológicas para mudarse de un pilar político integrado y seguramente jerárquico a otro en el cual a nivel de base se seguiría siendo igual de impotente. Este monopolio u oligopolio de los partidos en cuanto al sistema de intermediar intereses otorgaba a sus líderes una tremenda autonomía cara a la disidencia en las bases. En cambio, en un sistema muy diferenciado con múltiples asociaciones y modos de participación política, los activistas insatisfechos pueden cambiar su forma de funcionar y pasar con relativa facilidad de partidos a grupos de interés o movimientos, y viceversa. Esto fuerza a los líderes de partidos a mantener mayor grado de respuesta a las demandas de base de miembros y votantes, en contraste con un sistema fusionado y oligopólico de asociaciones políticas.

Por tanto, la línea final de esta argumentación teórica es que en un sistema diferenciado de intermediación de intereses, los políticos tienen que mantener en el aire muchos más balones que en un sistema integrado. De modo generalizado esto les hace más dispuestos a justificarse ante y responder a su propio electorado político. Además, en las democracias occidentales históricas la vulnerabilidad de los políticos también ha aumentado por el hecho de que el colapso de la red interorganizacional hegemónica priva a los líderes políticos del control de los medios de comunicación política que antes suplían los periódicos y las revistas de partido. Ahora los políticos se enfrentan a medios de comunicación independientes, tanto en la prensa como en la pantalla, los cuales examinan sus acciones mucho más implacablemente de lo que se habría atrevido a hacerlo

una publicación de antaño gestionada por el partido. La proliferación de escándalos y profundos conflictos dentro de los partidos, sacados a la luz por periodistas a lo largo de la última década, puede ser más un reflejo de la nueva forma de tratar a políticos en los medios de comunicación que un cambio en la praxis política. El paulatino alejamiento de los ciudadanos de unos pilares integrados de asociación política claramente refuerza y se alimenta de este trato más duro que reciben las élites políticas en los medios de comunicación.

Por lo tanto, a principios del siglo XXI los cargos políticos electos tienen menos margen para actuar como una élite cómoda, auto-complacida y arrogante de lo que tenían a mediados del siglo XX. Han llegado a ser vulnerables en muchos frentes porque los ciudadanos tienen una variedad de oportunidades y cauces por los cuales pueden expresar sus demandas o conseguir sancionar a políticos que no asumen responsabilidades o no toman en cuenta los intereses del electorado. Para la mayoría de los que se dedican a la política, esta mayor incertidumbre de hacer carrera política en una democracia diferenciada "pos-fordista" con "sistemas de producción política flexibles" hace que sea un trabajo menos divertido y más estresante que hace medio siglo. Pero el alto grado de incertidumbre relacionado con la carrera política contemporánea también crea unas sensaciones que atraen hacia estas batallas políticas a un nuevo género de personas. En las democracias establecidas particularmente de Europa y Japón, la "clase política" antes estaba constituida por personas pacientes y tenaces que forjaban pactos, o tecnócratas competentes en técnicas políticas, o burócratas políticos con poco carisma personal que hacían carrera comenzando desde las bases de la maquinaria partidista. Este tipo de político ahora se ve cada vez más complementado e incluso suplantado por innovadores políticos más Schumpeterianos dispuestos a apostar en juegos de elevado riesgo. En ocasiones estos individuos asumirán sus pérdidas en un partido o grupo al que han estado afiliados y se marcharán a otras organizaciones o incluso a un modo diferente de movilizar intereses políticos. En contraste, las carreras políticas tradicionales progresaban paulatinamente desde el taller de producción política básica subiendo por cargos administrativos hasta las cumbres de la misma asociación, sea de un grupo de interés o un partido político.

## ARGUMENTOS EXPLICATIVOS DEL CAMBIO DEMOCRÁTICO

En esta sección final propondré algunas hipótesis que expliquen porqué las democracias pos-industriales avanzadas muestran una creciente diferenciación en modos de acción política. Y también, ¿porqué se da el caso de que en este proceso las prácticas políticas tienden cada vez más hacia estados funcionales e institucionales congruentes y equilibrados, como se especifica en la tabla 1? Los movimientos, grupos de interés y partidos se especializan en distintos tipos de movilización, caracterizada por campos institucionales dispares, y en modos concretos de invertir en acción colectiva, elaborando además objetivos políticos con una amplitud sustantiva diferenciada (temas concretos o programas interdependientes) y expectativas temporales variadas para la toma de decisiones políticas (jugadas a una sola carta o duraderas). Estas actividades les sitúan en competición y conflicto entre sí en cuanto a políticas concretas, pero también crean unas reservas de autonomía relativa para cada tipo de asociación y práctica política. Distinguiremos entre argumentos político-económicos, sociológicos y político-institucionales para explicar el movimiento desde un campo de acción política fusionado a uno diferenciado, o de alternativas políticas *ómnibus* de "grandes almacenes" a políticas de "boutiques".

(i) En *términos político-económicos* los electorados y las economías nacionales han experimentado dos "shocks" exógenos en el último cuarto de siglo: un cambio en el esquema de tareas tecnológicas y económicas, y un cambio en la apertura e interdependencia de las economías nacionales. Con respecto a lo primero, la revolución en tecnología de la información ha reducido la disponibilidad de puestos de trabajo de producción repetitiva poco cualificada y ahora priman los empleados y profesionales altamente cualificados que toman decisiones discrecionales que las máquinas no pueden tomar por sí solas. En el transcurso de los aumentos en productividad por ahorro de mano de obra y capital, tanto en las manufacturas como en muchos ámbitos de servicios repetitivos, ha disminuido progresivamente el número de empleados por unidad laboral. Con ello también desaparecen las facilidades para superar problemas de acción colectiva y para conseguir forjar un amplio consenso en torno a pactos sobre programas.

La estructura de movilización de intereses se ha complicado en la esfera política por un énfasis en la flexibilidad, versatilidad y autonomía de los empleados en cuanto a su competencia para tomar decisiones, junto con una pareja diversificación de mercados de bienes y servicios. A las divisiones económicas tradicionales entre factores de producción (capital, obreros, tierra) o sectores económicos (público, privado nacional, privado expuesto a mercados internacionales) hay que añadir ahora las divisiones entre grupos de cualificaciones estratificados tanto en términos de diplomas como de conocimientos laborales adquiridos por familiaridad con procesos laborales y redes de productores y distribuidores en un campo dado. La estratificación de la mano de obra por "controles de activos" diferenciales hace que sea difícil homogeneizar los intereses en torno a grandes unidades que representen a empresarios y empleados. La desorganización e incluso individualización de lo que antes fueron intereses político-económicos colectivos fomenta y se corresponde con el declive de las instituciones políticas comprehensivas de agregación de intereses, sea en el ámbito electoral o más allá. Las tensiones resultantes generan grietas en los "pilares" ya establecidos de organización de grupos de interés.

Al mismo tiempo, la creciente apertura internacional, más que en el intercambio de bienes y servicios, en los mercados financieros, ha estimulado batallas distributivas entre sectores y sub-sectores de las economías nacionales. La apertura de los mercados de capitales supuestamente genera una presión para conseguir beneficios nacionales comparables a los de las empresas extranjeras en el mismo mercado, lo cual muestra con gran claridad en una economía qué grupos de empleados y capital son competitivos a nivel internacional y cuáles han de sufrir. Unas estructuras complicadas de ventajas distributivas producen unas alianzas políticas complejas y animan a los actores a buscar sus intereses y a articular sus quejas por medio de una variedad de cauces de movilización de intereses.

La producción y los servicios pos-fordistas, junto con las nuevas vulnerabilidades generadas por mercados financieros abiertos y la intensificación del comercio quitan energías de las intermediaciones de intereses fuertemente centralizadas y corporatistas constituidas en torno a grupos de interés económico compre-

hensivos y sus afiliados de partido. En términos generales los intereses económicos colectivos se desintegran en grupos "defensivos" y "ofensivos". Aquellos cuya fortuna se ve favorecida por la innovación tecnológica, el creciente rol de los servicios altamente cualificados y la competición internacional prefieren actuar por vía de partidos y grupos de interés. Aquellos cuyas fortunas están en declive por falta de innovación suficiente o de cualificaciones para conseguir empleo en las fronteras de innovación en manufacturas y servicios, y que se hallan a la defensiva en los mercados internacionales por desventajas relativas, pueden estar más inclinados a hacerse oír recurriendo a las tácticas subversivas e incluso violentas de los movimientos sociales. Los movimientos de protesta contra la inmigración y la multiculturalización, junto con los partidos de la extrema derecha, crean hasta cierto punto nuevos cauces para transmitir las quejas de estos perdedores potenciales y reales. Puesto que no tienen recursos, y ven cómo su peso disminuye en la economía, a menudo perciben las tácticas de protesta subversiva centrada en las instituciones democráticas existentes como la única manera de conseguir que se les oiga.

(ii) En *términos sociológicos*, la creciente movilidad física y social ha minado a las subculturas comprensivas e internamente homogéneas que sostenían a barrios estrechamente vinculados y proveían a los individuos de incentivos sociales para que se ciñesen a la solidaridad política y se configurase la comunidad en torno a campamentos políticos muy organizados y jerárquicos. Las principales fuerzas que han debilitado las amarras ascriptivas de lo tradicionalmente social son tan conocidas que no requieren mayor elaboración: la educación superior que provee un mayor sentido de competencia subjetiva para participar en política y gobernar los asuntos propios sin buscar la guía paternalista de los mayores que gobiernan las asociaciones políticas de la comunidad; la mayor movilidad gracias al automóvil, que permite que la gente pueda escaparse de las redes sociales de sus barrios residenciales o elegir nuevos barrios con poca infraestructura asociacional; los medios de comunicación que exponen a las personas a perspectivas intelectuales que no experimentarían en sus propias redes sociales y que también hacen que las élites políticas aparezcan menos alejadas y mucho más responsivas por estar sujetas a una investigación crítica en la esfera pública.

De este modo los lazos sociales ascriptivos se convierten cada vez más en lazos sociales contruidos y elegidos. Estos cambios reducen la inevitabilidad de que una afiliación temprana a una infraestructura sociocultural de un campo político establecido determine la afiliación de una persona para el resto de su vida. La afiliación política deja de ser una cuestión de adherencia al grupo o de "identificación de partido" para pasar a ser un tema de elección deliberada entre varias alternativas.

Las perspectivas sociológica y político-económica se solapan en las explicaciones que se dan de las nuevas y diversificadas prácticas políticas de cara a analizar el empleo en el sector de servicios. A causa de la creciente afluencia, los cambios tecnológicos y el envejecimiento demográfico de la población, durante el último cuarto de siglo en el sector servicios han crecido sobre todo los servicios personales en socialización de niños, educación, formación, reciclaje profesional, investigación y sanidad. En general los servicios humanos emplean a individuos altamente cualificados con ideas de auto-gobierno y confianza en sus propias habilidades para gobernar su vida y su organización social. Además, a las profesiones en servicios humanos a menudo les falta la infraestructura de grupos de interés tradicionales (sindicatos) y las afiliaciones de partido características del sector manufacturero. Por tanto, el potencial de movilización político no fluye de manera natural hacia unos cauces políticos establecidos. Finalmente, la situación laboral diaria de unos servicios que tienen trato con clientes, jerarquías relajadas, auto-gobierno colegial y evaluación por iguales además de reciprocidad personalizada centrada en el "cliente" individual, milita contra una conciencia política sumisa a organizaciones políticas jerárquicas y disciplinadas, típicas del movimiento sindical.

En este contexto nos referiremos una vez más a las llamadas demandas políticas "pos-materialistas" o "pos-modernas" (Inglehart, 1990; 1998). En primer lugar, aunque el trabajo de Inglehart se centra en un fenómeno empíricamente importante, la noción de pos-materialismo es un concepto mal-llamado. La operacionalización del pos-materialismo no mide el énfasis relativo de la gente en bienes materiales comparados con otros valores, sino que mide principalmente el énfasis "libertario" de los ciudadanos en cuanto a oportunidades de participación en gobernar sus vidas, en contras-

te con preocupaciones "autoritarias" por una estabilidad socio-económica. Los libertarios pueden estar tan interesados en la afluencia material como sus pares autoritarios, pero piden estructuras de gobierno que ofrezcan mayor participación ciudadana. Segundo, la orientación hacia el "pos-materialismo" se deriva principalmente de experiencias en las esferas de la enseñanza y profesional, no por ingresos o afluencia material. Aquellos que apoyan bienes colectivos superiores, como la protección del medio ambiente, lo hacen porque su sofisticación cognitiva les permite establecer largas cadenas causales y reflexionar sobre el impacto de la provisión de bienes colectivos en la calidad de vida individual. En la formación de preferencias también entran en juego los intereses materiales. Los defensores del medio ambiente tienden a estar desproporcionadamente concentrados en sectores de la economía que sufrirían pocas pérdidas en puestos de trabajo e ingresos si aumentase la protección del medio ambiente, como puede ser la enseñanza y otros servicios sociales. Por ello el "pos-materialismo" parece tener bases cognitivas y materiales que, en ocasiones, en vez de clarificadas, están más ocultas por el marco teórico que a veces desarrolla Inglehart. De todos modos, su análisis es acertado en que los "pos-materialistas" (o libertarios) son agentes que fomentan la desagregación y diferenciación funcional de la acción colectiva en las sociedades pos-industriales. Empíricamente los "pos-materialistas" tienen particular propensión a participar en manifestaciones y a establecer asociaciones de intereses que sean independientes de las redes fusionadas de los partidos establecidos y grupos de interés económico.

(iii) En *términos políticos* los logros de generaciones pasadas de políticos, en cuanto a solucionar o contener conflictos entre clases sociales y estamentos culturales en un electorado (como grupos religiosos confesionales), a veces producen nuevas alineaciones de conflictos que no se pueden incorporar al menú existente de organizaciones políticas. Las políticas públicas crean nuevas categorías de beneficiarios y contribuyentes, que pueden gobernar las dinámicas políticas de una institución de maneras muy diferentes a las que se imaginaban sus fundadores. En este sentido las instituciones del *Estado del bienestar* son particularmente importantes. Los grupos que se movilizaban para construir el Estado del bienestar no son los que ahora se movilizan para la defensa

de su statu quo, ni son los que bogan por su renovación profunda o su desmantelamiento (Pierson, 1994; 1996).

En situaciones en las que se han incorporado al sector público del Estado del bienestar unos servicios sociales básicos (como la enseñanza a todos los niveles, la formación profesional, la sanidad), los intereses económicos tienden a movilizarse no sólo según líneas tradicionales de clase y sector, sino también crecientemente según la fractura de lo privado / público. En este caso se produce una interesante inversión de preferencias en cuanto a modos de intermediar intereses. Los ingentes números de funcionarios públicos son los que tienen mayor interés en establecer y mantener pilares tradicionales centralizados e integrados de organización colectiva por medio de grupos de interés compactos (sindicatos) y partidos, mientras que empleados y empresarios del sector privado, más "antiguo", pueden sentir mucho reparo a la hora de apoyar los intereses del sector público, y por lo tanto apoyarán la diferenciación de asociaciones de intereses. La lógica de formación de intereses es simple: dado que en general los funcionarios trabajan en servicios de tipo social donde las mejoras en productividad son bastante limitadas, sólo pueden conseguir y justificar aumentos salariales al ligar su fortuna a aquellos trabajadores del sector manufacturero y de servicios que hayan conseguido mayores avances en productividad y por consiguiente de salario. Sin embargo, los empleados del sector privado pueden percibir una inflación de salarios en el sector público que no refleje aumentos en productividad como un agujero negro que consume recursos. Estos recursos se podrían invertir de manera diferente para mejorar la competitividad del sector privado de cara a la economía mundial.

Por ello, los empresarios y algunos sectores del movimiento obrero desean contener los salarios públicos para proteger la viabilidad del crecimiento capitalista. Esta fractura corta a través de las divisiones ya existentes de factores y sectores económicos en el sistema de partidos. Para poder aislar las demandas del sector público, tanto los políticos como los líderes de grupos de interés que representan al sector privado pueden optar por desagregar y descentralizar la intermediación de intereses políticos.

Como consecuencia, el Estado del bienestar representa una solución a los problemas de organización del mercado laboral y de conflic-

tos distributivos en las democracias capitalistas, pero también invita a formar nuevas líneas de batalla que a su vez generan modos novedosos de movilizar intereses. Por tanto, es la política misma, y no sólo los desarrollos externos económicos, sociológicos y culturales que conforman la diferenciación en modos de articular intereses.

Así que, tanto las condiciones externas económicas y sociales como la política nacional del Estado del bienestar fuerzan la descomposición de las tradicionales pautas fusionadas de intermediación de intereses. Sirven para catalizar y apresurar la diferenciación de la acción colectiva, que también se ve favorecida por el proceso de aprendizaje endógeno de los innovadores políticos cuando intentan emparejar campos institucionales de movilización colectiva a estrategias de inversión y enmarcación de riesgos y beneficios políticos. Como argumentamos en la sección 1, cuando las prácticas políticas muestran una incongruencia o un "desequilibrio" entre el campo primario de acción colectiva de un innovador político (la política electoral, los cauces de los grupos de interés, o subvertir los cauces existentes por medio de manifestaciones), sus estrategias de inversión (en infraestructura administrativa-técnica y/o procedimientos para resolver problemas de elección social), y su forma de enmarcar los riesgos / beneficios colectivos (en términos de extensión sustantiva y horizonte temporal), tarde o temprano su causa experimentará presiones para cambiar hacia una situación congruente, guiada por imperativos de supervivencia y crecimiento. Así, los *lobbies* de los grupos de interés, funcionando por cauces institucionales convencionales encontrarán que les vale la pena invertir en una infraestructura administrativa, pero evitarán invertir en procedimientos para resolver problemas de elección social. Se mantendrán alejados de enmarcar comprensivamente los riesgos colectivos, para no dividir a sus propios electorados, que se activan en torno a la organización apoyando una actividad de investigación más limitada. Recordando otra situación de desequilibrio en la cual los innovadores de movimientos sociales eligen estrategias de protesta pero invierten en infraestructuras organizacionales para mantener su movilización, éstos experimentarán presiones para acomodarse a los cauces ya existentes de intermediación de intereses en aras de proteger su inversión en organización. En todos estos casos los catalizadores externos económi-

cos o sociales junto con las instituciones políticas como el Estado del bienestar pueden reforzar los procesos internos de aprendizaje de acción colectiva, dirigidos por imperativos de supervivencia organizacional y acumulación de poder.

## CONCLUSIÓN: LAS VENTAJAS DEL ATRASO Y LOS COSTES DE LIDERAZGO

Este trabajo ha versado sobre tres temas. En la primera sección esbozamos una lógica general de cómo los actores eligen campos de acción colectiva, invierten en movilización colectiva, y enmarcan sus objetivos. Este análisis muestra la *posibilidad* de que unos modos muy diferenciados de movilizar e intermediar intereses puedan coexistir en un mismo electorado. En la segunda sección sostuvimos que se observa empíricamente una transición en las democracias pos-industriales avanzadas de sistemas de movilizar e intermediar intereses de tipo "fusionado" a otros de tipo "diferenciado". Estas tendencias no se pueden identificar con un "declive" o una "decadencia" de las democracias contemporáneas, como proponen otros argumentos teóricos competidores. En la sección final discutimos causas posibles de la acelerada descentralización y diferenciación de la acción colectiva en las democracias pos-industriales. Buscamos las causas tanto en las bases económicas como sociales de formación de intereses exógenos a la política, y también en desarrollos institucionales entre los electorados nacionales, como es el caso del Estado del bienestar, que genera nuevas divisiones políticas.

Las democracias establecidas que han existido por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial invirtieron fuertemente en redes fusionadas y jerárquicas de intermediación de intereses políticos las cuales abarcaban a partidos políticos y grupos de interés económico. Estos costes submergidos y los intereses corporativos configurados en torno a partidos y asociaciones existentes ralentizan la transformación de la intermediación de intereses en estos electorados. Según la metáfora de un socialdemócrata alemán, los partidos políticos son como inmensos petroleros que precisan mucho espacio y tiempo para poder girar. Pero la situación es muy diferente en las democracias que surgieron en la "Tercera Ola" de democratización a partir de mediados de los años setenta (Huntington, 1990). En la mayoría de estos países los innovadores políticos no han sido capaces de invertir

en infraestructuras de organización y modos de resolver problemas de elección social que solidificarán redes fusionadas de intermediación de intereses.

Desde la perspectiva de los analistas convencionales de las democracias occidentales, las "deficiencias" de las nuevas democracias revelan su falta de "consolidación" y el precario anclaje de las prácticas democráticas. En algunos casos este bien podría ser el caso. Sin embargo, sostenemos que en la mayoría de las nuevas democracias la ausencia de costes submergidos de las redes de organización tradicionales resulta ser una ventaja del atraso, pues permite que estas democracias echen mano de las oportunidades que les ofrece una futura movilización y representación de intereses más flexible y ágil. Dada la fluidez de las redes políticas, estas democracias tienen mayor posibilidad de encontrar soluciones creativas a los nuevos retos de la economía política post-industrial y a los estilos de vida culturales que las democracias establecidas con redes jerárquicas de organizaciones. E inversamente, estas democracias establecidas tienen mayores posibilidades de enfrentarse a crisis y rupturas institucionales a medida que empiezan a tratar los imperativos innegables de reformar institucionalmente la representación política.

## NOTAS

1. Conferencia Pronunciada en Santiago de Compostela en marzo de 2000 en el ciclo "The Construction of Europe, Democracy and Globalization", en el marco del Programa Europa Mundi, a cuyo Director, Ramón Maiz, agradecemos la tramitación de la autorización para su edición.

2. Para una crítica de estas reificaciones, véase Burstein (1998).

3. [N. del T.] Término inglés que se refiere a una reunión – normalmente a puerta cerrada - de un grupo político o legislativo para seleccionar candidatos, planificar estrategias, o tomar decisiones legislativas.

4. Doy por supuesto que se mantienen invariables las estructuras exógenas de oportunidades (democracia electoral, protección de libertades civiles, voluntad de los partidos establecidos de incorporar las quejas articuladas por un movimiento, etc.).

5. Para una elaboración analítica del concepto de política electoral clientelar y sus dinámicas, véase Kitschelt (2000b).

6. A nivel individual influyen tanto las percepciones de rendimiento económico como las condiciones sistémicas en cuanto a grado de satisfacción con las instituciones democráticas actuales. Por lo menos en Europa Occidental son temas fundamentales la conti-

nidad democrática y los niveles de libertad que se le asocian en conjunción con las percepciones económicas de los encuestados (Anderson, 1997).

## BIBLIOGRAFÍA

- Aarts, Kees (1995), "Intermediate Organizations and Interest Representation", pp.227-57, en Hans-Dieter Klingemann y Dieter Fuchs (eds.), *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.
- Aldrich, John (1995), *Why Parties?*. Chicago: Chicago University Press.
- Anderson, Christopher J. (1997), "System Support in Old and New Democracies." Ponencia presentada en la reunión anual de la American Political Science Association, 28-31 de agosto, 1997. Washington, D.C.
- Barnes, Samuel H. y Max Kaase (eds.) (1979), *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*. Beverly Hills: Sage.
- Burstein, Paul (1998), "Interest Organizations, Political Parties, and the Study of Democratic Politics", pp.39-56, en Anne N. Costain y Andrew S. McFarland (eds.), *Social Movements and American Political Institutions*. Lanham: Rowman y Littlefield.
- Dalton, Russell J. (1999a), "Political Support in Advanced Industrial Democracies", pp.57-77, en Pippa Norris (ed.), *Critical Citizens. Global Support for Democratic Government*. Oxford: Oxford University Press.
- (1999b), "Value Change and Democracy". Comunicación para la reunión anual de la American Political Science Association, Atlanta, GA, 2-6 de septiembre, 1999.
- Hinich, Melvin y Michael Munger (1994), *Ideology and the Theory of Political Choice*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Hirschman, Albert O. (1970), *Exit, Voice and Loyalty*. Cambridge, MA.: Harvard University Press.
- Holmberg, Sören (1989), "Political Representation in Sweden", *Scandinavian Political Studies*, Vol.12, No.1:1-16.
- Huntington, Samuel P. (1990), *The Third Wave. Democratization in the Late Twentieth Century*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Inglehart, Ronald (1990), *Culture Shift*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Inglehart, Ronald (1998), *Modernization and Post-Modernization*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Iversen, Torben (1994), "Political Leadership and Representation in West European Democracies. A Test of Three Models of Voting",

- American Journal of Political Science*, Vol.38, No.1: 45-74.
- Katz, Richard y Peter Mair (1995), "Changing Models of Party Organization and Party Democracy: The Emergence of the Cartel Party", *Party Politics*, Vol.1, No.1:5-28.
- Kitschelt, Herbert (1989), *The Logics of Party Formation*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- \_\_\_\_ (2000a), "Citizens, Politicians, and Party Cartellization. Political Representation and State Failure in Post-Industrial Democracies", *European Journal of Political Research*, próximamente.
- \_\_\_\_ (2000b), "Linkages between Citizens and Politicians in Democratic Politics", *Comparative Political Studies*, próximamente.
- \_\_\_\_ (2000c), "Popular Dissatisfaction with Democracy". Ponencia presentada en el grupo de trabajo sobre populismo, Instituto Universitario Europeo, Florencia, 14-15 enero.
- Kitschelt, Herbert, en colaboración con Anthony J. McGann (1995), *The Radical Right in Western Europe*. Ann Arbor: Michigan University Press.
- Kitschelt, Herbert, Zdenka Mansfeldova, Radoslaw Markowski, y Gabor Toka (1999), *Post-Communist Party Systems. Competition, Representation, and Inter-Party Collaboration*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Klingemann, Hans-Dieter (1995), "Party Positions and Voter Orientations", en Hans-Dieter Klingemann y Dieter Fuchs (eds.), *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.
- \_\_\_\_ (1999), "Mapping Political Support in the 1990s: A Global Analysis", pp.31-56, en Pippa Norris (ed.), *Critical Citizens. Global Support for Democratic Government*. Oxford: Oxford University Press.
- Lipset, Seymour Martin (1983), "Radicalism or Reformism: The Sources of Working-class Politics", *American Political Science Review*, Vol.77, No.1:1-18.
- Lipset, Seymour Martin y Stein Rokkan (1967), "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments. An Introduction". Pp.1-64, en Seymour Martin Lipset y Stein Rokkan (eds.), *Party Systems and Voter Alignments*. New York: Free Press.
- Michels, Robert (1911/62) *Political Parties*. New York: Free Press.
- Newton, Kenneth and Pippa Norris (1999), "Confidence in Public Institutions. Faith, Culture or Performance?" Ponencia presentada en la reunión annual de la American Political Science Association, 2-6 de septiembre, Atlanta, Georgia.
- Offe, Claus y Helmut Wessenthal (1980), "Two Logics of Collective Action", pp.67-115, en Maurice Zeitlin (ed.), *Political Power and Social Theory*. Greenwich, CN.: JAI Press.
- Pierson, Paul (1994), *Dismantling the Welfare State? Reagan, Thatcher, and the Politics of Retrenchment*. Cambridge: Cambridge University Press.
- \_\_\_\_ (1996), "The New Politics of the Welfare State", *World Politics*, Vol.48, No.2: 143-79.
- Przeworski, Adam y John Sprague (1986), *Paper Stones. A History of Electoral Socialism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Scharpf, Fritz (1991), *Crisis and Choice in European Social Democracy*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.
- Tilly, Charles (1978), *From Mobilization to Revolution*. Reading, MA.: Addison-Wesley.
- Weber, Max (1978), *Economy and Society*. Berkeley: University of California Press.
- Widfeldt, Anders (1995), "Party Membership and Party Representativeness", pp.134-82, en Hans-Dieter Klingemann y Dieter Fuchs (eds.), *Citizens and the State*. Oxford: Oxford University Press.